

LOS NARRADORES EN CORTOPAGINAJE DE LA GENERACION DE LOS 50

HEMOS querido recordar en estas páginas la importante aportación a la literatura española contemporánea de los narradores en cortopaginaje pertenecientes a la generación de los cincuenta, porque los consideramos de una extraordinaria calidad -tal se demuestra en las pocas antologías editadas-, por una parte, y por otra, de una dedicación digna de encomio dadas las circunstancias editoriales para el género en aquellos años, pues salvo contadas excepciones en libro, los relatos de tan singulares autores solamente se podían leer en unas cuantas revistas y en algunos, pocos, semanarios y periódicos, por lo que muchos de los excelentes cuentos que se escribieron entonces se han olvidado y habría que recuperarlos de las hemerotecas, puesto que además en el recién publicado volumen Cien años de cuentos (1898-1998). Antología del cuento español en castellano, no se incluyen a varios de sus máximos exponentes. Para rendirle homenaje a los autores en cortopaginaje que iniciaron su trayectoria a mediados de este siglo que finaliza, hemos solicitado las opiniones sobre el tema a varios de ellos y, de paso, sugerirles que nos señalaran un relato breve preferido; también, de ser posible, su concepción del cuento literario. Gracias, pues, a cuantos puntualmente han atendido nuestro requerimiento.

Por la coordinación, Pilar de LORENZO y SOPRANIS

Eduardo TIJERAS

A pesar de haber escrito en otra época numerosos cuentos (hallo distinción entre cuento y relato corto) y haberles dedicado incluso un par de libros a su historia y estética, hoy se me resiste observar los problemas de la literatura (del mundo-vida) a través de determinado género que, por demás, para su logro mayor, tiene que atenerse a reglas muy estrictas y en cierto modo reductoras. Mi idea de «utilidad» crítica es operar menos sobre géneros y generaciones -la sociedad en exceso rememorativa es como el anciano sin futuro- que sobre conflictos y angustiosas aporías complejas de la condición humana, cuya persistencia y contrasentidos requieren, si se trata de avanzar un poco, todos los recursos del conocimiento, tanto poéticamente narrativos como fríamente filosóficos y científicos en una suerte de «neohumanismo» que intente manejar cuando menos los conceptos y perspectivas

que antaño no existían o no estaban descubiertos. Imposible sustraerse ahora a este sesgo que, aparte sentimentalismos y cariños de juventud iniciática, desvirtúa un tanto la capacidad receptiva de un género-etapa y también la necesidad de reivindicarlo. El peaje que históricamente paga el cuento es caro. O es perfecto y reductor, como un fanatismo de orfebrería especializada, o no es reductor ni tampoco perfecto. Hecha salvedad tan vaga como oportuna para mí, que quizá ayuda a desmarcarse en lo intelectual aunque no en lo visceral-entrañable, el cuento de los cincuenta, social, proletarizado, burlador indirecto de censuras políticas, alentado por periódicos y revistas y chafado por los siempre «avisados» editores, objetivo, ternurista y abierto a mimetismos revitalizadores representó una excepcional floración que casi estuvo a la cabeza del país en el empeño de salvar la brecha narrativa provocada por las sucesivas guerras y consiguientes penurias culturales. Hoy el cuento parece que goza de otro tipo de esplendor editorial y habría que ver en qué consiste su evolución en esta esfera de la democracia, las corrupciones y la cibernética.

Antonio PEREIRA

«La generación de cuentistas de los cincuenta», se dice, decimos.

En 1950 yo tenía veintisiete años, escribía poemas, había oído muchas historias de mi tierra del Bierzo, y en mis lecturas prefería unas pocas páginas de narración intensa antes que embarcarme para la travesía de grandes novelas. Con estos antecedentes, y por emplear un término político y yanqui, mi «destino manifiesto» era el de escribir cuentos.

Pero en 1950 yo no había publicado cuentos. Fui un escritor precoz, pero un publicador tardío, (luego me desquité: por ahí andan -o no andan- mis diez o doce libros de narrativa breve.) Esta cronología atípica puede hacer confusa mi adscripción generacional. Salvo que se admita la propia querencia. Me encuentro muy a gusto entre quienes son conocidos y reconocidos como los cuentistas del medio siglo, cuentistas puros, que han dado al género renovación y esplendor. Conque muy honrado de que me hagan un sitio en la foto de familia.

Le tengo amor al cuento. No contento con la propia creación, por ahí se me puede ver de *agitprop*, predicando la cruzada del cuento tan pronto me invitan a hablar en escuela, instituto, universidad, colegio de monjas, ateneo o casa regional. Y al igual que mis compañeros, sufro la preferencia que a veces disfrutaban quienes («para hacer manos», «un encarguito de verano») aprovechan su nombre de

novelistas; esto, si no es la competencia de algún personaje de la política o de las revistas del corazón o del televisor. Mas algunos olvidos institucionales. Se organiza un simposio, unas jornadas sobre el cuento, y es fácil predecir quienes irán. O sea, quienes debiendo ser llamados, se quedarán en casa...

Pero nada de pesimismo. Somos, estamos, publicamos. Y en tiempos futuros, lectores habrá que entiendan y revivan el mundo de hoy gracias a algún cuento memorable de «uno de los nuestros». Y no me pidan que dé un nombre o un título. En el monumento a los héroes de una ciudad escandinava, en lugar del detalle nominal, he podido leer esta leyenda previsor: «Nadie citado, nadie olvidado».

Alfonso MARTINEZ-MENA

Está bien eso de «narradores en cortopaginaje», que no compromete a nada. Lo que ocurre es que buena parte de los tales de la generación del Cincuenta, en el caso de que admitiera su existencia, lo que hago con reservas, aunque fuera de una forma intuitiva, maduraron y perfilaron lo que, en puridad, entendemos ahora como Cuento Literario, o Culto, que no es expresión nueva, por supuesto, como sabe el lector. Al referirme a ese grupo, la verdad, no sé si hacerlo en presente o en pretérito, porque ya el «50», a causa del marketing y modas, va siendo pretérito, y, jugando a palabras, sus componentes, preteridos (salvo el caso de «MKT»). No sé hasta cuando, porque todo son ciclos.

Lo cierto es que hay una gran confusión, también profesoral y profesional, entre cuento como género específico y relato breve, en el que además están incluidos conseja, apólogo, fábula, leyenda, ejemplo, proverbio, hazaña, estampa costumbrista...; sin olvidar algo tan socorrido como los simples recuerdos, sin más, o los capítulos de novela, que es lo que son la mayoría de los relatos breves que hoy pretenden pasarnos por cuentos.

El Cuento Literario, que es a lo que deseo referirme, además de suceso único, más importante que el personaje y de plantear problemas e incitar al diálogo, tiene como requisito imprescindible la elevación del hecho aparentemente nimio (anécdota) a categoría. El cuento, según lo entiendo yo, es una especie de estallido en el que se suple la extensión por la intensidad. Escribir un buen cuento es como descubrir un tesoro que se ha tenido ante los ojos sin verlo. Una especie de pequeño milagro.

Entre bastantes (se trata de un grupo extenso y proteico que sigue en activa evolución), y por razones no sólo literarias sino personales, me parece paradigmático

Seguir de pobres; lo propuse para la colección *Cuentos Magistrales*, sobre todo porque se escribió en una época en que estaba implantado el realismo social a ultranza, y en este cuento, que ganó el Premio Juventud 1953, hay mucho más. Los trabajos seleccionados para el concurso aparecían en el semanario juventud, y yo, veinteañero estudiante murciano, cuando se publicó Seguir de pobres quedé tan impresionado que dije a mis amigos: Se ha acabado el concurso. Este es el premio. Y lo fue.

No debería ser necesario añadir que su autor era Ignacio Aldecoa.

Medardo FRAILE

Por la cuenta que me tiene y porque, además, es verdad -tranquilizadora coincidencia-, no dudo al afirmar que la generación de los años cincuenta ha cultivado el cuento en gran abundancia y excepcionalmente bien. Me resulta, por lo tanto, muy difícil, y muy injusto también, mencionar un solo cuento de cualquiera de los escritores de mi generación, porque no recuerdo uno solo, sino dos o más, de narradores como Matute, Olmo, Aldecoa, Hortelano o Ferrer-Vidal y, por supuesto, otros también de escritores a los que conocimos, nacidos pocos años antes o pocos años después que nosotros, como Ayesta o García Pavón, Manuel San Martín o Quiñones. Todos los nombrados y treinta y uno más figuran, con un relato cada uno, en mi antología *El Cuento Español de Posguerra*, que no agota la nómina.

No obstante, entre mis preferencias memorables, citaré aquí los títulos de dos cuentos de lobos de Rafael Sánchez Ferlosio. Uno con el título impresionista de *Dientes, pólvora, febrero* incluido en *Alfanhuí*, a partir de 1961, que narra la caza de una loba en un medio rural y la solemnidad grotesca que rodea esa «hazaña», expresada en la actitud canina, cruel y estúpida, de los interesados en la caza, tan devoradores de cabritos y corderos como la loba. El otro se titula *El reincidente*, y se incluye en el libro de ensayos *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*. En este relato la ley divina, manejada por los cancerberos de la religión, por los porteros del dogma, culpa y condena al lobo (al hombre) por ser lobo, y el animal, que no es culpable de haber nacido lobo, no podrá reclinar su cabeza canosa, agotada, hambrienta, en el regazo de su Creador. Dos cuentos extraordinarios.

Rodrigo RUBIO

Toda la narrativa de los años cincuenta/sesenta es interesante, pues se une, a

la ya rompedora, de los años cuarenta, con Cela y Carmen Laforet. Pero lo que destaca especialmente en esta generación de escritores (o en casi la mayoría) son sus narraciones cortas, sus cuentos. Así -quizás el más grande de todos, Ignacio Aldecoa- está por encima de sus novelas, con ser buenas, por sus cuentos extraordinarios.

Y como no podría citar un solo autor de esa generación, tengo que nombrar a varios. Y destaco, en primerísimos lugares, a Jorge Ferrer-Vidal, que nos deslumbró desde el principio con aquel librito *Cuando lleguen las golondrinas*, con la primavera. Y luego con otros muchos, hasta el último que ha publicado, que es magnífico.

Destacaría también a Meliano Peraile -que casi no tiene narraciones largas- siempre por su buen hacer y decir, por cómo mima el lenguaje. Y a Alfonso Martínez-Mena, que siempre dejó en la narración corta una manera estupenda de contar. Y a Vicente Soto, maestro en su libro *Casi cuentos de Londres*, y a Medardo Fraile, tan sobrio, tan ajustado siempre en el decir cuando narra en corto. Y a Fernando Quiñones, uno de los mejores narradores andaluces de esas décadas. Ya Eduardo Tijeras, que nunca se prodigó mucho en casi nada, pero que nos mostró su talento en sus narraciones cortas. Como también Manuel Pilares, y algunos otros.

Yo mismo, por aquellos años, escribí la mejor obra de entre las más de treinta que tengo publicadas. Fue el libro de cuentos *Papeles amarillos en el arca*, considerado como mi obra mayor entre críticos y voces autorizadas. Yo creo que, para estudiar la narrativa corta española, el cuento, siempre será preciso detenerse en esa generación de los años cincuenta/sesenta, desde Aldecoa al último que, por ejemplo, ganara el premio Sésamo o la Hucha de Oro.

Meliano PERAILE

La generación de escritores de mil novecientos cincuenta es muy amplia y, sin exagerar, me parece comparable a la de 1927. Por lo que hace al cuento, Francisco García Pavón, en el prólogo a su *Antología de cuentistas españoles contemporáneos*, aseguraba que el cuento era el género literario que mejor se escribía por los años cincuenta. Y Francisco Umbral, en un elogio del cuento escrito en aquellas fechas, llegó a decir: «Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, Manuel Pilares, Meliano Peraile, Francisco García Pavón, y Medardo Fraile forman el grupo de cuentistas españoles contemporáneos por antonomasia, autores de los mejores relatos breves en los últimos años». A los cuales cuentistas notables, de la generación del cincuenta yo añado: Jorge Ferrer-Vidal, Alfonso Martínez-Mena, Antonio Martínez-Menchén.

Ocurre que, confundiendo brevedad con facilidad de escritura, engañados por

el señuelo de los cinco, seis o siete folios, muchos se atreven a escribir cuentos y, pues no están dotados para tal faena escriben ocurrencias y sandecitas. No hay más que asomarse a las páginas de los periódicos que traen cuentos de verano para convencerse de que a muchos perpetradores de engendros Dios no los ha llamado al terreno del cuento. Este es un muy peculiar género literario merecedor de un respeto que no le otorgan los convencidos de que el cuento no pasa de literatura menor. Decía del cuento Baquero Goyanes: «Se trata de un género intermedio entre poesía y novela, apresador de un matiz semipoético, seminovelesco que sólo es expresable en las dimensiones del cuento».

Tres cuentos en mi opinión recordables por excepcionales: *Seguir de pobres* (de Ignacio Aldecoa), *La rebusca* (de Daniel Sueiro), *El entierro del ciego* (de Francisco García Pavón).

Jorge CELA TRULOCK

Desde que Alan Poe nos mostró el penúltimo camino del cuento nos pudimos salir de todo aquello de la peripecia, la moraleja, el estudio de los personajes, etc. Ya antes se sobrepasó la fábula, el poema narrativo, la leyenda, no sin decir que cualquiera de las formas o maneras era o son perfectamente válidas.

Por los años cincuenta, en medio de las tendencias del real socialismo, esto es, salvo honrosas excepciones, el canto al poder o al contrapoder, surgieron escritos -los autores aquí no importan- que nos querían traer ciertos aires nuevos. Surgió el relato en el que apenas se definía el ambiente, se contaba un detalle mínimo, se explicaba una idea. No pasaba nada en ellos, quizá la vida, la palabra.

La narración estaba ahí, como ahora aquí, entre todos, naciendo a cada instante. Y alguien lo escribe en un papel y, mejor o peor, sale algo.

Horacio Quiroga, siento citar, dice: «Cuenta como si el relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la vida en el cuento».

Y ahora menciono, según se me pidió al encargarme este texto, a Daniel Sueiro, cuentista, novelista, escritor de investigación y amigo sobre todo. En *La rebusca y otras desgracias* hay, entre, otros varios, dos cuentos. La rebusca hay, el espigueo, la busca de los granos en los campos, entre los cereales recién colectados. Las mujeres, los hombres, los muchachos y aun los niños recogen los granos que luego cambian por pan. El sol arriba, el solano, dice, «viene sucio y denso de los

trigales, viene calentón y asfixiante como el humo, irrespirable». En fin, la Castilla dura de los casi sin pan. Relato bronco pero bellísimo. El resto, lo que pasa, poco importa.

Y cambiando de tercio, en el otro cuento, *El gas*, aparece la ironía y el fino humor del paisano. Una niñera explica a otra que, con la caladita del gas, el pequeño que tiene a su cuidado se duerme inmediatamente y no se despierta ni una sola vez en toda la noche. Ya sabes: «un poquito y lo retiras». Una delicia divertida.

En el cuento, y cierro, vale todo.

Juan Pablo ORTEGA

El inolvidable Ricardo Gullón, a quien debo el que Caetano Messa publicase en Nueva York mis *Cuentos de morir*, incapaces de pasar la censura aquí en España, me dijo en una ocasión que tenía a Jorge Campos, a Antonio Pereira y aun tercer escritor, de cuyo nombre no debo acordarme, por los mejores cuentistas de la ahora conocida como Generación de los Cincuenta.

La censura fue determinante de que sea más apropiado hablar de realismo objetivo que de realismo social en algunos, de que el existencialismo no se manifestase en muchos, y de que hubiera quienes con sorpresa descubrieran una vena de humor en sí mismo cuando necesitaron usar de la ironía para hacer pasar lo que no podían decir.

Primero se lo arrebataron los censores, más tarde los «nuevos valores». Ha sido la nuestra una generación sin tiempo propio, ya que durante varias décadas hay que considerar el binomio escritor/censura, en el que no pocas veces el segundo término condicionó en gran manera y a veces llegó a eliminar al primero, y, cuando finalmente la eliminada fue la censura, los nuevos criterios literarios en editoriales y publicaciones dejaron fuera de unas y otras a muchos que habían llegado demasiado pronto o a destiempo al mundo de las Letras por aquí. El estudio de nuestra generación ciertamente será acerca de los supervivientes de un naufragio, pero nadie sabrá jamás de los que, quizás con mayores talentos, se ahogaron en ese naufragio.

Cuando se me pide que destaque algún relato corto de un autor de mi generación, tengo una gran dificultad para elegir, porque hay muchos y muy buenos, pero, porque es de alguien más conocido por el papel que ha desempeñado en la vida pública que por la gran calidad de su obra literaria, elijo uno de los relatos de *En el año que...*, el último libro de Fernando Morán. Aquel relato en que, en Sudáfrica,

un colono blanco lamenta casi con lágrimas en los ojos el que hay fallado el tiro contra un hermoso kudu y olvida por el completo que acaba de atropellar y dejar muerto sobre la calzada a un nativo negro.

Ángel PALOMINO

Siendo el cuento, como es, el más bello, difícil, deslumbrante, glorioso, clásico, precipuo menester del escritor (la poesía es otra cosa, lenguaje divino, un don), aquí en España, apenas si le reconocen la belleza, nunca se le concede la gloria, no deslumbra, no acredita. Ni a la generación de los cincuenta ni a las anteriores ni a las que le siguen.

No es posible ganar con la narración de «corto paginado» el prestigio de un Borges, un Rulfo. Famas consolidadas con el cuento, Vargas Llosa, Maupassant, Chejov, García Márquez; eso aquí no se lleva. Nuestra generación de los cincuenta abunda en notables escritores; basta ver las listas de los premios literarios (Hucha de Oro, La Felguera, etc.); la nómina es importante por el número y la calidad. Sin embargo, raramente la crítica dedica atención (y mucho menos espacio) a los libros de cuentos. Cuando lo hace, es porque el autor está «consagrado» como consecuencia de otras actividades: catedrático, novelista, académico, ministro... Sí, ministro. Aun así, el comentario crítico revela, casi siempre, un objeto oblicuo del texto o, quizá, una lamentable y mal disimulada lectura de solapa.

La novela proporciona reconocimiento (cuando se consigue, claro) y prestigio literario; la colaboración periodística produce fama, admiradores y prestigio social; el cuento da muy poco; a lo sumo, prestigio entre los del oficio, que son -somos- buena gente; en este sector no hay envidias y hasta nos ayudamos unos a otros.

Me gustaría citar un cuento de esta época, pero uno solo es imposible, lo siento, yo no puedo hacerlo, tendría que citar, con notoria injusticia, uno mío, ¿cómo vaya perder la oportunidad de dejar dicho que es el mejor de toda una generación? Nuestros maestros, aquellos a quienes queríamos parecernos eran, naturalmente los de «generaciones» anteriores. De niño -no más de diez años- yo leía a Fernández Flórez (también a Ramón, mucho) y recuerdo, sin haberlo vuelto a leer, un cuento: una pelota de frontón producía, poco a poco la ruina de su dueño, destruía su casa, le arrasaba la hacienda y lo enemistaba con todos sus vecinos; una simple pelota de mano.

Desde entonces quiero ser, de mayor, Fernández Flórez.

Pedro CRESPO

La llamada Generación de los Cincuenta (¿por qué no de los Sesenta, que es cuando casi todos los de la generación concernida comenzamos a publicar?) viene cronológicamente a continuación de la conocida como generación de la berza, compuesta por escritores con una honda preocupación social y más que atisbos de preocupación política, marcados en su inmensa mayoría por una infancia trufada de malos recuerdos de la guerra civil. La de los Cincuenta/Sesenta no tiene ese rasgo fundamental, está compuesta en su mayor parte por nacidos en la posguerra, que conocen en su infancia las consecuencias posteriores de la guerra pero no la guerra misma. Hay en ellos la correspondiente preocupación por el ambiente, pero un ansia de comunicación exterior -generación de viajeros, de gentes que conocen al menos un idioma, que leen francés, italiano o inglés, que están al tanto de lo que se hace en Francia, en Italia y en los Estados Unidos- que se traduce en un cierto seguimiento de modas exteriores, cocinadas, eso sí, con la desesperadamente lenta (en su cambio) realidad interna.

Como si no me cito yo, corro el seguro peligro de que nadie lo haga, y dado que se me invita a hacer mención del cuento o relato que más me interese, cito el mío, Las sordas palabras, relato dialogado que tiene como centro de referencia una sala de autopsias del viejo Hospital de San Carlos, en la madrileña calle de Atocha, y que es un diálogo imposible -mezcla de lírico y técnico, con el citado trasfondo socioliterario- entre el patólogo que hace la necropsia, siguiendo la técnica de Pernkof -abertura desde el esternón hasta el pubis-, y el propio cadáver, en una mañana ventosa de octubre/noviembre, día de la primera práctica de Anatomía Patológica de un amedrantado y silencioso grupo de estudiantes de tercero de Medicina. Con Las sordas palabras gané, en noviembre de 1962, el primer premio del II Concurso Internacional de Cuentos, organizado por el Círculo de Poetas y Escritores Iberoamericanos de Nueva York. Se publicó entonces en Nueva York, y en LA ESTAFETA LITERARIA que dirigía Luis Ponce de León, médico y periodista, y sirvió para encabezar un volumen de cuentos, titulado La pausa, que obtuvo, en 1964, el Premio Leopoldo Alas, de libros de relatos, que concedía la Editorial Rocas de Barcelona.

Asensio SÁEZ

El mismo escritor llegó a proclamarlo desde la solapa de uno de sus libros: «El cuento es un género difícil al que hay que cogerle el pulso». Bien supo así Francisco Alemán Sáinz domesticar vientos y tempestades frente a la cuartilla hasta transmutar la aventura barata en materia poética, repartida no sólo en múltiples páginas de

periódicos y revistas sino en varios libros, a saber: La vaca y el sarcófago. Cuando llegue el verano y el sol llame a la ventana de tu cuarto, patio de luces... todo un universo deslumbrador, pronto cercenado por la inesperada muerte del escritor, joven aún, un día que, ofreciendo tema goloso para sus cuentos, agosto cedía sus trastos a septiembre y el bostezo de las maletas abiertas ponía punto final a la vacación.

Siempre fiel al relato breve, buscó y halló Alemán Sáinz aquella fórmula literaria que, reduciéndolo a materia sagrada, acababa por convertir el cuento en obra de arte. Véanse, como ejemplos al azar escogidos, los relatos *Desembarco en la ciudad*, *El tiempo se detuvo en Adelaida*, *Historia para figuras de cera*, *La locutora enmudece...* Son cuentos cardinales, que el propio lector puede redondear a su gusto, buscándole una terminación a su golosa medida personal. Verdad es que, en última instancia, mirando por la autosatisfacción del lector, lo que realmente debe importar es que el cuento no acabe del todo en su punto final.

Teresa BARBERO

Un problema de difícil solución. Escribir en pocas líneas lo que representaron para mí los narradores de la Generación de los Cincuenta. Por lo pronto habría que separar a aquellos que escribieron en el exilio de los que lo hicieron en España. Unos y otros mostraron nuevos caminos en la narrativa, si bien, los más jóvenes luchamos por desterrar aquello de que «el arte solamente se justifica si está al servicio de una ideología» y comenzamos a vislumbrar una narrativa que rompiera moldes aunque sufriéramos fuertes enfrentamientos con la censura que todavía nos amargaba la existencia.

Nos ayudaron mucho los premios literarios como el Nadal, el Planeta, el Biblioteca Breve, etc., que lanzaron a la palestra a escritores como Carmen Laforet, Ana María Matute, Juan García Hortelano, Antonio Prieto, etc. Porque entonces «creíamos» en estos premios que en la actualidad están desprestigiándose por su parcialidad. En los años cincuenta, LA ESTAFETA LITERARIA ocupa un lugar muy importante en mi vida de escritora. Colaborar en ella era un deseo que logré satisfacer con creces. En esos años que éramos tan jóvenes, las revistas literarias nos ayudaron muchísimo. A mí, concretamente, El Cobaya, publicada en Ávila y de la que fui cofundadora, me sirvió para empezar mi «carrera de escritora. De esta revista recuerdo un cuento que me causó impacto: Un vagón lleno de monos de Juan García Hortelano. Hoy día me queda la añoranza de aquellos años mientras escribo mi libro que hará el número nueve de los publicados.

Jorge FERRER-VIDAL

Yo no quiero pecar de camasquince y a quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga. Pero acerca del tema de la generación de los 50 o «niños de la guerra», llevo ya hablado más que suficiente como para justificar en esta ocasión mi más total pasividad. En lo que al cuento literario se refiere parece que la llamada crítica oficial (la crítica oficial no fue sólo cosa del franquismo), de la que Dios nos libre, da por bueno que la tal generación se reduce al caso de Ignacio Aldecoa o, con suerte, uno más, y que sea como sea, no merece ya la pena hablar del asunto que es cosa juzgada. Y en esto, vean ustedes, yo estoy de pleno acuerdo. ¿Para qué caraja hablar más de un asunto que ha sido suficientemente finiquitado por la gracia olfatoria de nuestra sagrada crítica que no puede errar por dogma y apoya su ínclito poder en la eficacia innegable de listas negras o de silencio en más de un órgano mediático, como ahora dicen los horteruelas plumiferarios?

Pero uno es educado y va a contestar a LA ESTAFETA LITERARIA, ya que LA ESTAFETA LITERARIA ha gastado tiempo, dinero en sellos y mucha tinta en la firma de su redactora Pilar de Lorenzo.

Pues bien, lectores míos, lo que tengo que decir acerca de la generación de cuentistas de los cincuenta, está escrito desde hace años, 1992, en una conferencia que pronuncié en la cátedra Valle-Inclán del Ateneo de Madrid en la que analicé en profundidad el caso y a cuyo contenido remito al lector curioso. Esta conferencia, a mayor abundamiento, compone parte del apéndice de mi libro *Confesiones de un escritor de cuentos* (Ed. Hierbaola, Pamplona, 1992). En mi texto llevaba a cabo una valoración de mi generación de cuentistas e incluso, señalaba las catorce personalidades de mayor relieve (a mi modo de ver, claro), que sobresalían en el arte españolísimo del cuento literario.

Y como no tengo más que decir, no hablo más del tema ni de ningún otro que roce ese campo cutre o quizás, ya claramente putrefacto de la literatura de hoy, pletórica de falsos profetas y de gigantes con pies de barro.

Les doy las buenas noches o días, como prefieran, puesto que escribo en la madrugada y, sencillamente, salgo por el foro.

A otro perro con ese hueso, oigan...